

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año XII

1986

Núm. 23

ÍNDICE

| | Pág. |
|--|------|
| Ramón Arnau García: Iglesia particular y comunión eclesial | 1 |
| José Janini: Liber horarum de Silos. Edición | 17 |
| Daniel Sala Giner: Los "Sermones Varios" del Colegio de San Pablo en la Biblioteca del I. B. Luis Vives de Valencia (Contribución al estudio de la predicación en la Valencia del siglo XVII) | 79 |
| Rosa M. ^a Ramírez Navalón: El "error facti": interpretación y crítica de su regulación actual | 119 |
| Nota: Discurso del Decano del Seminario "La Inmaculada", José Ricardo Albelda Bixquert, en las primeras vísperas de la solemnidad de la Inmaculada (1985). "María y la Iglesia, en el Prefacio de la Inmaculada" ... | 145 |
| Recensiones | 153 |

FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA
Sección Diócesis

NOTA:

DISCURSO DEL DECANO DEL SEMINARIO “LA INMACULADA”, JOSÉ RICARDO ALBELDA BIXQUERT, EN LAS PRIMERAS VÍSPERAS DE LA SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA (1985) “MARÍA Y LA IGLESIA, EN EL PREFACIO DE LA INMACULADA”

QUERIDOS HERMANOS:

A lo largo del año, Dios nos convoca en la Liturgia, a la celebración diaria de sus misericordias. Hoy, de una manera especial, nos convoca para celebrar las maravillas que ha obrado en su Esclava, en María Inmaculada.

Durante estos días de la novena, que estamos celebrando, hemos tenido ocasión de reflexionar sobre las distintas virtudes que adornan a María. Quisiera que la reflexión de hoy se desarrollara en torno a tres momentos: en un primer momento, consideraremos los Salmos y el Cántico que acabamos de rezar en la Liturgia de las Horas. En un segundo momento centraremos la atención en lo que la Liturgia en el Prefacio de la Misa propia del día, nos dice respecto de nuestra Madre, para finalizar en un tercer momento resaltando tres grandes maravillas en la figura de María.

Los Salmos que hemos cantado en esta primera parte de nuestra celebración, tienen un hilo conductor que les da unidad y coherencia: son una continua alabanza a Dios Padre por las grandes maravillas que ha realizado con su pueblo, con María, con toda la Iglesia.

Pues lo extraordinario de Dios, así nos lo ha dicho el salmo 112, no consiste en que sea excelso, en que su nombre esté en los cielos. Lo inaudito es que se incline hacia la tierra, descendiendo para contemplar al detalle lo que aquí ocurre. Más aún, dirigiendo una mirada cariñosa al desvalido que está en las afueras de la ciudad sentado sobre un montón de basura. Y esto no es una bella metáfora. Así es como se comporta Dios cuando derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

María experimentó ese proceder: ya no es la sierva sino que es la Madre del Señor. Todos los hombres marginados, expulsados fuera de la ciudad, pueden experimentar la maravillosa condescendencia divina por la que alabamos a nuestro Dios. En efecto, ha terminado la lamentable situación vivida hasta hace poco.

En el salmo 147, se vuelven a oír los cantos de alegría del esposo y la esposa, y las risas de los niños, pues Dios comienza a crear regocijo y alegría para una población joven. Ese gozo que el novio siente por la novia, es el que Dios siente por su pueblo, es un Dios fecundo que llena las plazas de la ciudad de chicos y chicas. Jerusalén que había sido abandonada como una vieja madre estéril, engendra muchos hijos, pues son más los hijos de la abandonada que los de la casada. Son fruto, pues, de la sembrera vertida en el seno de María Virgen. El anciano Simeón y la encanecida Ana, hija del rostro de Dios, alaban a Dios y pueden marcharse en paz. Dios ha creado regocijo y alegría por lo que Sión, Iglesia siempre joven, con María glorifica y alaba a su Señor.

Y debemos glorificarlo y alabarle porque, tal como nos ha dicho el Cántico de Efesios, hay que bendecir a Dios porque nos ha descubierto su misterio. La historia del amor de Dios con los hombres es pretemporal y premundana: en el principio existía el Amor y el Amor era nuestro hogar. En la remota aurora pretemporal Dios nos quiso hijos en su Hijo. La transformación que ha emprendido en nosotros, hasta que la imagen de su Hijo esté plenamente grabada, llegará a ser santidad en la presencia de Dios cuando triunfe el Amor. Bendigamos a Dios que nos ha concedido esta gracia inicial en Cristo.¹

El Prefacio de la Misa de la Inmaculada, tras dar gracias a Dios, dice:

Porque preservaste a la Virgen María
de toda mancha de pecado original.

La gracia de la Inmaculada Concepción, gracia “de Cristo”, en contraste con la gracia “de Dios” recibida por nuestros primeros padres, no constituyó a María en la condición de inocencia primitiva y tampoco le dio derecho a reclamar los dones preternaturales.

Después de su pérdida por la caída de Adán, éstos pudieron ser disfrutados por una persona cuyo papel en el plan de Dios fuera tal, que la presencia de estos dones o, al menos, de algunos, sería conveniente y casi necesaria, en vista a su destino especial. Esta circunstancia se da en María a causa de su divina maternidad. Del mismo modo, por estar Ella tan

¹ Cifrado “Los Salmos oración de la Comunidad”. Instituto Teológico de vida religiosa. Ediciones claretianas.

cerca de Cristo, la fuente de la gracia eficiente, según su divinidad, e instrumentalmente, según su humanidad, y puesto que María había dado a Cristo esa humanidad, su gracia había de ser suprema, comparada con la de todo hombre o ángel. María es, después de Cristo, la graciosa obra maestra de Dios. Continúa el Prefacio diciendo :

Para que en la plenitud de la gracia
fuese digna Madre de Tu Hijo
y comienzo e imagen de la Iglesia
esposa de Cristo,
llena de juventud y de limpia hermosura.

María se compara con la Iglesia, así como el Verbo asumió la humanidad de Cristo, y Cristo se une a su Iglesia. Así María es el prototipo de la plenitud de gracia y de la esposa que engendra hijos a la fe.

María y la Iglesia son ambas conformes a Cristo, y por Cristo se asimilan la una a la otra. Toda la vida divina que alienta en la Iglesia está presente en María de modo sobreabundante, como el efecto está presente en su causa, ya que ella, Madre de Cristo, es también Madre de la Iglesia.

Es, pues, oportuno celebrar a María como prototipo de la Iglesia, su primero y mejor fruto, ella es la personificación ideal de la Iglesia, el perfecto modelo de la perfección a la que la Iglesia aspira, es el ideal y la figura perfecta de lo que a la Iglesia Cristo le exige, tal y como Él la desea.

María es más que el tipo de la Iglesia, es su arquetipo trascendental. Más adelante el Prefacio continúa diciéndonos :

Purísima había de ser, Señor,
la Virgen que nos diera al Cordero inocente
que quita el pecado del mundo.

Quisiera que más que mis humildes palabras sea el gran padre de la antigüedad, san Agustín, quien nos ayudara en este momento de la reflexión sobre la virginidad de María.

La virginidad de María es también más grata y amable porque Cristo, antes de ser concebido, la eligió para nacer de ella cuando ya la tenía consagrada a Dios. Así lo indican las palabras que María respondió al ángel que le anunciaba su concepción:

¿Cómo será ello, pues no conozco varón?

y ciertamente no lo hubiera dicho si antes no tuviera consagrada su virginidad a Dios...

Pudo también haber recibido orden de permanecer virgen para que el Hijo de Dios tomase en ella la forma de siervo por un apropiado milagro. Pero consagró su virginidad a Dios aun antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes, y para que no estimara que sólo debía permanecer virgen la que hubiera logrado concebir sin el carnal concúbito.

Imitó así la vida celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre. Por ello, Cristo, al nacer de la Virgen, prefirió aprobar a imponer la santa virginidad a una mujer que, aun antes de saber quién había de nacer de ella, había ya determinado permanecer virgen. Y así quiso que fuera libre la virginidad hasta en la mujer en la que Él tomó forma de siervo.

No tienen, pues, motivo para contristarse las vírgenes de Dios porque al guardar la virginidad no pueden ser madres según la carne. Solamente la virginidad ha podido dar a luz dignamente a quien no tuvo igual en su nacimiento.

Pero este nombramiento de una virgen es el honor de todas las santas vírgenes. También ellas son, con María, madres de Cristo si es que hacen la voluntad de su Padre. Por esto es por lo que María es más laudable y más dichosa Madre de Cristo, según la citada sentencia, "Quien hace la Voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre".

Este parentesco es el que ostenta espiritualmente Cristo en el pueblo que redimió; tiene por hermanos y hermanas a los varones santos y las mujeres santas porque le son coherederos en la heredad celeste. Su madre es toda la Iglesia porque da a luz, por la gracia de Dios, a todos los miembros, es decir, a todos los fieles. También es madre suya toda alma piadosa que, cumpliendo la voluntad del Padre con fecundísima caridad, engendra hijos espirituales y les alumbra hasta que en ellos se forme Cristo."²

Finaliza el Prefacio diciendo las siguientes palabras:

Purísima la que entre todos los hombres,
es abogada de gracia
y ejemplo de santidad.

Al igual que nosotros, fue María redimida. Todas las gracias se le dieron en atención a los méritos previstos de la caridad y del sacrificio de su Hijo en la cruz.

² *Sobre la virginidad*. BAC. 121, págs. 143-145.

Ahora bien, a diferencia de nosotros, María nunca contrajo el pecado original, del cual los demás hombres necesitamos ser liberados. La plenitud de gracia que la adornaba supera a la gracia total que ha sido y será dada a todos los hombres. La gracia de María resume todo el orden de la gracia, que en ella encuentra su perfección más elevada, habiéndole sido concedida por razón de su fe y de su divina maternidad.

Todos los hombres somos llamados a la santidad. Ahora bien, el cristiano sabe que es hijo de Dios y que su tarea en la Historia es parecerse cada día más a su Padre Dios. La santidad de Dios radica en que Dios es Amor. Por eso ÉL, cuando nos llama a ser santos, nos llama a parecer-nos cada día más a ÉL, a que amemos como ÉL.

Ésta es la tarea histórica del cristiano: realizarse en santidad, amando a Dios y a los hermanos. No importan las circunstancias, ni las cualidades, ni los trabajos concretos que tengamos que hacer, sólo importa que todas nuestras acciones nazcan de la santidad-don que hemos recibido por el Bautismo; sean respuesta a la santidad-llamada; y sean acciones santas porque tienen como fin acrecentar la santidad de la Iglesia. Así pues, las tareas específicas de la Iglesia en sí mismas están ordenadas, por Dios, a la santidad, pero es necesario que el cristiano, la comunidad y la Iglesia las realicen con ese mismo fin.

Escuchar y proclamar la Palabra de Dios; celebrar los Sacramentos; y servir en amor a los hermanos, son las tres actividades que Jesús confía a la Iglesia y a los cristianos para que se manifieste y realice en los hombres la santidad de Dios. Los cristianos se santifican en su vida ordinaria: la santidad consiste en amar a Dios y a los hermanos. Es decir, en no vivir para uno mismo —egoísmo— sino para los demás, tal como Jesús, nuestro modelo de santidad hizo. No importará, pues, el estado ni las cualidades, ni las circunstancias, sólo importa que en cualquier estado, circunstancia y cualidad, amemos a Dios y a los hermanos con toda el alma. Hacer presente en el mundo la santidad o amor de Dios, anunciarlo a todos los hombres y encontrar la santidad de sus miembros, es la tarea histórica del cuerpo místico de Cristo, del gran Sacramento de la Salvación que es la Iglesia.

Ahora bien, María estaba adornada de parte de Dios con una gracia eminente y santificada por su proximidad, como confirma el saludo del ángel. Los padres de la Iglesia describen esta santidad como el principio de la victoria sobre el pecado y de la economía de la Salvación. San Andrés De Creta, en un sermón sobre la Natividad de María, la llama la Madre Inmaculada y Virgen sin mancha. “Hoy, dice, comienza la reparación de la naturaleza humana y el mundo envejecido recibe los comienzos de una transformación realmente divina, como una creación

de Dios.” En la fiesta de la Dormición de María, llama a la Virgen “Las primicias de nuestro rescate”. Lo que el santo tiene a la vista no es una pureza física, concebida según el estilo antimaniqueo, sino una verdadera santidad producida por la unión con Dios. Los padres orientales se contentan en contemplar concreta y positivamente la grandeza de María. El momento en que fue santificada no aparece sino vagamente determinado. El único punto del que están ciertos es que la Madre de Dios progresa en santidad y alcanza la cumbre.

En la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, se traduce el famoso “*Kekharitomene*” del saludo del ángel a María por “llena de gracia”, para seguir el “*gratia plena*” de la Vulgata, que se repite desde hace siglos en la plegaria de los fieles. Indiscutiblemente el “llena de gracia” se ha convertido para María en nombre propio, reforzado todavía más por las palabras “el Señor está contigo”.

Vemos pues que en el Concilio, al igual que en los padres de la Iglesia, no se pone el acento en la simple relación biológica entre María y Jesús, sino en el consentimiento gozoso a la función maternal que se le confía respecto al Salvador. La mención explícita a la Inmaculada Concepción se encuentra aquí exactamente en su sitio. La santificación precoz no constituye para la Virgen un privilegio personal, como una especie de adorno, sino que su santidad única adquiere un sentido funcional en el misterio de la Salvación.

Concebida sin pecado, abraza sin demora alguna, de todo corazón, la voluntad salvífica de Dios. En ningún momento vacila en consagrar totalmente su persona a Dios y a la obra que Dios espera de ella: estar por entero al servicio de la persona y de la obra de su Hijo. María sigue, ciertamente, dependiendo de Él, pero está igualmente unida a Él en lo que Él es y en lo que Él hace. La Inmaculada Concepción es, para la Virgen, la entrada primera e irreversible en el misterio de la gracia del Verbo Encarnado.

En el número 65 de esa misma Constitución *Lumen Gentium*, se nos dice que María estaba, de hecho, absolutamente libre de todo pecado, mientras que la Iglesia “sin mancha ni arruga” no se asemejará de modo perfecto a su divino ejemplar sino al final de los tiempos. A lo largo de su peregrinación sobre la tierra, la Iglesia arrastra consigo pecadores que tropiezan cada día. Por eso levanta sus ojos hacia la Madre de Jesús como hacia un modelo esplendoroso de virtud. En María ha logrado ya la Iglesia la perfección final de la gloria.

Llegados a este tercer momento de nuestra reflexión, intentaré resaltar tres aspectos de la vida de María que pueden tener una especial efectividad en nuestra vida personal y comunitaria.

El primer aspecto viene a ser: “En la grandeza es servicial”.

Con ello hacemos referencia a la Anunciación, en la que el ángel le comunica que va a ser Madre del Salvador, y ella pone toda su persona al servicio del plan divino de la Salvación. De la misma manera lo podemos referir a la Visitación, en la que Isabel dice: “Cómo la Madre de mi Señor viene a verme a mí”, indicando el gesto de servicio que María lleva a cabo con su prima. La vocación que nosotros hemos recibido, es un don extraordinario de Dios que no nos sitúa por encima de nadie, sino que nos pone al servicio de todos. La vocación no nos llega por un ángel, sino en la Iglesia y a través de ella. Se nos llama y se nos envía a una misión que es la de anunciar la Buena Noticia traída por Jesús, especialmente a los más pobres, marginados, jóvenes, drogadictos... María, en medio de su grandeza, no optó más que por el servicio. Éste es el ejemplo que nosotros, en nuestra circunstancia de formación, debemos tomar como modelo a seguir.

El segundo aspecto a destacar es: “María en la alegría es atenta”.

En las Bodas de Caná, María, en medio de todo el bullicio, está atenta a las necesidades, dándose cuenta, en este caso, de la falta de vino que puede conducir a una situación de sufrimiento. En cualquier situación en que nos encontremos, siempre hay alguien que sufre, que necesita de nuestra atención personal, de nuestra sensibilidad, de nuestra entrega... Que en nuestra vida no falte nunca el vino de la alegría, de la aceptación de todos, de la paciencia, del perdón, y sobre todo de la esperanza. María nos señala el camino a seguir: “haced lo que Él os diga”. Hemos de ser seguidores de Cristo, cumplir su mandato de Amor, siguiéndole en la muerte y resurrección, pasando por el camino de la cruz de nuestra vocación.

Y el tercer aspecto nos viene a decir que “En el sufrimiento es fuerte”.

Junto a la cruz, María está de pie. Esta actitud de María, es la espera de la Resurrección de su propio Hijo, con lo que María es modelo en el Adviento, ella supo cómo esperar al Señor, y así nos lo enseña. Ésta ha de ser nuestra actitud en la espera de la segunda Venida definitiva, “Estad despiertos, conectad en lo esencial y manteneos de pie ante el Hijo del Hombre”, tal y como lo leímos y meditamos en la liturgia del domingo anterior, pero no hemos de perder de vista la venida constante a nuestra vida: en la Palabra, en los Sacramentos y en los hermanos. Dios viene a nuestra vida para cambiar, profundizar y dar plenitud a nuestra relación con Él y los hermanos. Hemos de estar continuamente atentos a la llamada del Señor, Dios siempre nos llama para cenar juntos, pues así nos lo dice el Apocalipsis: “estoy a la puerta y llamo, si me abres entraré y cenaremos juntos”.

Si uno es —delicado— sabe captar esta llamada inesperada, pero real y constante, en los acontecimientos normales, por muy simples y sencillos que sean. Y otras veces, Dios llama con fuerza en el fracaso, en la crisis... en la muerte de un ser querido.

Que nuestra delicadeza esté atenta día tras día a esa llamada de Dios, al igual que María cuando supo acoger la Palabra, y la Palabra tomó carne en su seno.

Finalicemos nuestra reflexión con estas palabras dirigidas a María nuestra Madre:

Oh María, que todas las naciones
bendigan tu virginidad, porque el que
nació de Ti arrojó el temor de
nuestra Tierra. También nosotros te
bendecimos, ¡Oh Virgen Santa!
postrados ante Ti, ruega por nosotros
al Dios que tomó carne en Ti, para
que Él una su Santa Iglesia, fundada
sobre los Apóstoles y Profetas; para que
la preserve inmaculada, hasta el día de su
SEGUNDA VENIDA.

Alabado seas, ¡Oh Señor, nacido de Madre Virgen!
que al hacerte hombre, uniste dos naturalezas
y dos voluntades en una sola persona.

Gloria te sea dada junto con el Padre y
el Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios.
AMÉN.